

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Caballeros (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 20 DE OCTUBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes... pesetas 1
Fuera, trimestre... 3

N.º 769

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

DE ACTUALIDAD

Versos de Zapata

Contrastando con las miserias que aquí debatimos, llegan de Aragón viejos sanos de hermosa poesía y de patriotismo fervoroso: es la voz de un gran cantor, heredero de la sublime inspiración y el número nacional de Zorrilla, alzándose en los Juegos Florales de Zaragoza, para entonar un himno a cuanto por generoso y por grande es merecedor a este homenaje entusiástico y consolador.

No son versos neuróticos y moder-

SALUTACIÓN A LA REINA

¡Oh reina, ante tu solio me prostro reverente, pues tú eres la belleza, la gracia y el amor; Apolo te designa lugar tan eminente, las musas amontonan coronas en tu frente y en medio de su triunfo te aclama un trovador.

Mujer mil veces reina, mujer cien veces diosa y siempre para el hombre su claro lumínar, de tí surgió la madre, de tí nació la esposa y de un trozo de mármol de tu cantera hermosa la Virgen sacrosanta que hoy brilla en el altar.

Tú animas y diriges el brazo del guerrero que en la hórrida batalla, termina por vencer, tú guías al marino que vá sin derrotado, tú alientas al artista que asombra al mundo entero y todo lo que es grande proviene de tu ser.

Permite que un saludo te envíe mi garganta, ya ronca en el sonido, ya floca en la expresión, y sufra, reina mía, la voz del que te canta; su espíritu á tu impulso del polvo se levanta y en Lázaro se trueca su pobre corazón.

Como esa flor que ostentas en un vate ha conquistado tu corte de juglares á disiparse va; más cuenta que tan breve y efímero reinado, prendido de guirnaldas, con versos celebrado, alguna soberana de hijo envidiará.

Los dos representamos, por modo diferente, el alma en esta fiesta de «Patria, Amor y Fe»; yo evoco lo pasado, tú encarnas lo presente; yo me hundo en el Ocaso, tú luces en Oriente; tú empiezas la jornada... ¡yo presto acabaré!

Yo soy la lira rota y tú la poesía; yo brújula de acero y tú la piedra imán; idólatra ferviente, te sigo noche y día; te dí mi sentimiento, te dí mi fantasía; mis últimas endechas también por tí serán.

Permite, pues, ¡oh reina, que traiga á la memoria estudiantiles tiempos que alegren mi vejez, permita el auditorio que cuente aquí la historia de cómo un Don Quijote salió en busca de gloria y hoy vuelve á Zaragoza más loco cada vez.

PRO PATRIA

¡Será verdad que el alma numantina, el alma de Aragón, en lo moderno, lo que produjo aquí tanta heroína y tanto mártir de renombre eterno, se haya extinguido al fin y ya no aliente en medio de esta raza de Occidente?

¡Porque se eclipse un astro no se apaga! ¡Porque desmaye un pueblo no agoniza! Vuelva á brillar la luz tras noche vaga, vuelva el fuego á surgir de la ceniza y firme unión y espíritu esforzado consigán restaurar nuestro pasado.

De una madre común se escucha el lloro mientras se arrastra herida por el suelo. ¡Piedad y compasión para ella imploro! ¡Tended los brazos con filial anhelo! ¡Socorramos á España en su ansia fiera ó el final de Polonia nos espera!

Del mar de Vigo al mar de Tarragona, de Norte á Sur, de Cádiz al Pirene, una patria no más ciña corona, una tan sólo á nuestro honor conviene y cese toda lucha, respetando la herencia de Isabel y de Fernando.

Estrechemos los lazos nacionales y cumplamos cada cual con su destino; de alegrías llenad, Juegos Florales, las tristes asperezas del camino; y si hallais detractor que lo deplora, que se meta á filósofo y que llora.

Y aquí da fin, oh noble tierra mía, de esta cansada inspiración el vuelo... Mas ya que fuiste cuna de mi día, no me niegues el último consuelo: ¡Un sepulcro tranquilo y un abrazo cuando vuelva este polvo á tu regazo!

UN CUENTO DIARIO

Muerte en alta mar

—Sí, la duplicidad y la ferocidad humanas pasan todos los límites imaginables— exclamó Alfonso Daudet, mientras contemplábamos el fresco césped de Champrosay, los árboles estremecidos y esas flores mágicas que al glorioso escritor tanto gustaba ver durante el crepúsculo, cuando su vida de matices se torna infinita, cuando parecen en una hora vestir centenares de vestidos nuevos... pero el sacrificio, pero la generosidad, no son menos incomprendibles! He visto arrojados ilimitados... he visto abnegaciones fantásticas, enloquecedoras, casi monstruosas!

Se calló, mientras que su mirada oblicua, esa mirada de costado de los miopes, que les permite ver un poco más lejos que la mirada directa, se fijaba sobre la deliciosa silueta de la pequeña Edmes, que jugaba sobre el césped.

«Monstruosas», es la palabra exacta— respondió Treguenne. Recuerdo desde cuando era un pobre empleado en Bretaña, uno de esos sacrificios inconcebibles. ¡Cuán sencilla á la vez que salvaje historia! Vuelvo á verme todavía en el pequeño puerto de M... al regreso de los pescadores de Terranova, trasbordados desde Paimpol. Había gran muchedumbre. Las mujeres buscaban avidamente á sus maridos, ó á sus hijos. Y el espectáculo era lúgubre. La pesca no había sido muy buena ese año: extenuados y harapientos, los hombres traían apenas algunas monedas de cinco francos. Se leían en sus rostros enflaquecidos todos los suplicios y todas las privaciones. La pesca en Terranova es trágica, y si bien es cierto que proporciona fortunas, es á costa de dolores y de trabajos que ningún pueblo salvaje, abandonado á los climas más atroces, ha conocido jamás. Una alimentación inmunda, lo más á menudo enmohecida ó podrida; catorce horas de labor por día, en una niebla tal que desde la primera hora los trajes están mojados como si salieran de la lejía; manos hinchadas, cortadas, reventadas, sangrientas.

De noche y de día, el alerta, el peligro: sobre los frágiles barcos, son ante todo las rudas borrascas de la región que vienen, á cada momento, á interrumpir la pesca, y luego, para la flota numerosísima que explota el banco de Terranova, son terribles los golpes fulminantes de los trasatlánticos. Se sabe que ese camino es el más corto; centenares de vapores gigantes pasan por allí en la bruma y las tinieblas. Pasan, cortan, destrozan la barca pescadora y huyen como espantosos animales mortíferos: los pescadores, nueve veces sobre diez, ignoran el nombre del vapor que los mata.

Para vivir esa vida de condenado, para hacerla casi soportable, solo hay el alcohol, un espantoso alcohol industrial, que, poco á poco, vá destruyendo las razas vigorosas de los litorales de la Bretaña y de la Normandía...

Dos veces, el lúgubre: «Muerto en alta mar» fué seguido de gritos y sollozos. Una vida se desmayó, otra quería precipitarse al mar. Poco á poco, los hombres desembarcaron: entre todos, eran diez. Sin embargo, una mujer quedaba apartada con cuatro hijos.

Era floca, amarilla, de una fealdad amarga y raquítica, una fealdad casi de australiana, una fealdad de hambre, de trabajo extenuante y de viejos resfrios mal cuidados. Debía ser presa de esa especie de temor supersticioso que todo el mundo conoce más ó menos: el temor de hacerse desgraciado por correr al encuentro de las noticias. Pero, cuando los diez hombres hubieron desembarcado, cuando no vió al suyo, lanzó un grito bajo, desgarrador, siniestro.

Entonces, grave y rígido, un hombre se adelantó, un hombre alto de seis pies, con los ojos de un azul extraño, que se volvía ya color pizarra, ya verde marino. Jamás he visto hombre con tanto cabello; en su cabeza crecía bastante pelo para cubrir tres cabezas ordinarias, un pelo gris, sedoso, que á cierta distancia parecía fieltro, pero que de cerca era fino y agradable á la vista. Su cara parecía cubierta de marroquí rojo, sus manos musculosas habrían manejado sin dificultad esa espada terrible con la cual Godofredo de Buillon hendía un turco desde la cabeza hasta la cintura.

A su lado caminaba una hermosa muchacha de pelo negro, ojos llenos de fuego ingenuo, color de mar, encantadores, un cutis pálido, muy fino, matices estremecidos como el agua de los estanques ó las corolas delgadas de las rosas silvestres. Era su novia, como lo

supe un poco más tarde: la amaba apasionadamente. En el momento en que la ví, contemplaba con admiración al coloso, pero él parecía confuso, miraba delante de sí, lejos, como si estuviera todavía en el mar. Un anciano bien plantado y un joven alcohólico seguían á la pareja, y todos llegaron al lado de la mujer amarilla. Entonces ésta alzó su cabeza miserable, y con voz ronca, gritó:

—¡Mi hombre!

—Muerto en alta mar, contestó el coloso.

Hubo un momento de espantoso silencio. Luego lágrimas corrieron, lágrimas indigentes, pronto secadas sobre el rostro de la miserable. Y ella decía sin cesar, con un tono de letanía, mostrando á sus hijos:

—¿Qué va á ser de ellos? ¿Qué va á ser de ellos? Están ya muriéndose de hambre.

Los tres hombres se habían sacado sus gorros; los retorcieron lentamente en sus manos, como si estuvieran sudando. El coloso se había puesto más colorado, sus ojos extraviados eran terribles, sus fuertes manos temblaban. Dijo, en fin, con acento rudo:

—Mira, Liettik, no hay que tener cuidado por los chicos... He hecho mi promesa á tu hombre... tus hijos serán míos...

Se detuvo: su dolor violento torció ese gran cuerpo musculoso, y su voz se oyó apenas cuando volvió á decir:

—Tus hijos serán míos... y tú serás mi esposa!

Los dos marinos escuchaban sin desplegar los labios, pero la miserable alzaba su rostro descompuesto hacia el gigante, mientras que la jóven que se había tornado de repente pálida, movía los labios sin conseguir pronunciar una palabra.

—Eso no es posible, murmuró por fin la viuda... Eres el novio de Mónica. Todo el mundo sabe que tú la amas y que ella te ama. No, eso no es posible...

—Esa es mi promesa á Copio, dijo sombríamente el grande marinero. Ha sido hecha á Dios, á la Virgen y á tu hombre que ha muerto... No puedo ya retirarla.

—Sí, contestó la viuda, puedes retirarla, si yo no quiero y si Mónica quiere que le guardes la fe que le has prometido.

—Mónica, dijo suavemente el joven, devuélveme mi promesa y da un padre á esos chicos. Y tú, Liettik, hay que obedecer al finado, y lo que no haces por tí, hay que hacerlo por los chicos.

Se calló. Un amargo sufrimiento oscureció sus ojos é hizo rechinar sus dientes. A su lado, Mónica sollozaba con la cara sepultada entre las manos, y la viuda inmóvil lloraba con gemidos de bestia. Aquello era como una escena de matanza: amor despedazado, felicidad aniquilada, juventud sacrificada á un arrojo insondable—algo de casi sublime y espantoso, una buena acción comparable á un crimen—y todo eso era fácil comprenderlo, más irrevocable, más fatal que todas las leyes de los hombres apoyadas por todas las fuerzas de la justicia.

—Sí... espantoso... dijo Daudet, después de un silencio... Los veo, oigo rechinar los dientes del pobre infeliz... Usted me ha echado frío sobre el corazón. Treguenne... ¿Y todo ha ido hasta el fin?

—Hasta el fin. Salaunse ha casado con la viuda; ha criado los hijos; los ha llevado hasta la adolescencia, y sobre su rostro imposible jamás ha dejado ver ni pesar ni cólera; el espantoso sacrificio ha sido consumado hasta la hez. Después le llegó su hora, la gran vorágine de Terranova le ha tragado á su vez, y el muerto en alta mar ha saludado su nombre sobre la vieja costa americana.

J. H. Rosny.

EN MOLINA

REUNION IMPORTANTE

En la vecina villa de Molina se celebró ayer tarde una importante reunión, que pudiéramos llamar preparatoria del mitin aplazado, y que en breve se verificará, con asistencia de representaciones de todos los pueblos ribereños del Segura.

Dicha reunión se verificó en el amplio salón de sesiones de aquel Ayuntamiento, bajo la presidencia del alcalde don Enrique Fernandez y con asistencia de unos quinientos concurrentes.

De esta capital, asistieron á la referida reunión, que tuvo carácter de improvisada, nuestros amigos D. Luis Díez

Guirao de Revenga, D. José García Muñoz y el abogado de Alcantarilla D. José Castillo: las cuales se habían hospedado en casa de nuestro también paisano y amigo, el joven abogado D. Carlos Soriano Salomón.

Abierta la sesión por el señor alcalde, hizo uso primeramente de la palabra el Sr. Soriano, para presentar al Sr. Díez Guirao, el cual á continuación pronunció un muy elocuente discurso.

Hizo en este una brillante apología de la asociación agrícola, exponiendo los beneficios que de esta pueden obtenerse, y aludiendo á la cuestión palpitante en defensa de producción tan rica é importante como la del pimiento.

Abogó por la armonía entre el capital y el trabajo, dedicando un recuerdo á las importantes casas de Zaballur y Soriano, que tan importantes propiedades poseen en aquel término.

Tributó también frases de elogio al celoso diputado por el distrito Sr. La Cierva, y tuvo un recuerdo cariñosísimo, acogido con grandes aplausos, para «El Imparcial», que tan hermosa campaña viene realizando en favor de los intereses de la agricultura murciana.

El Sr. Díez Guirao fué objeto de grandes y merecidos aplausos.

También los obtuvieron, el Sr. García Muñoz, y el iniciador del movimiento de asociación en aquel pueblo, don Eloy Gil García, que hablaron con elocuencia y calor del tema objeto de la reunión que se verificaba.

El espíritu de asociación, cuando no solo en Molina sino en todos los pueblos de la ribera, y de ello será demostración elocuente y elocuente la gran mitin y manifestación que se prepara, y para el cual serán invitados, entre otras distinguidas personalidades, los representantes de la prensa madrileña y murciana.

REMITIDO

Sr. Director de EL CORREO DE LEVANTE.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Ruogo á V. publique en el diario de su digna dirección la presente; dándole por ello gracias mil, se ofrece de V. afmo. s. s. q. b. s. m.

José Florenciano.

Con esta misma fecha dirijo al señor Director de «El Liberal» de esa, una carta cuyo contenido es como sigue: Sr. Director de «El Liberal».

Murcia.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Con el epígrafe «Un crimen en Lorca» leo en su ilustrado diario los falsos antecedentes que por el corresponsal de esta se le dan respecto á la muerte de Blás Florenciano acaecida en la tarde del 15 en la calle de la Corredera de esta ciudad.

Volviendo por los fueros de la verdad diré á V. que el agresor Cristobal Perez Barnés, tuvo un encuentro anterior al triste suceso en la misma calle de la Corredera, con el Blás Florenciano, en el que desde el carro que guiaba hizo á este un ademán muy expresivo de algo que afectó á la honra de toda persona que de tal se precie; á lo que contestó el Florenciano dando un golpe al caballo del carro y arrojándose de él Cristobal Perez le dió con la traya al interfecto en el rostro; intervinieron en esta disputa varias personas que son testigos de mayor excepción de lo aquí consignado; los separaron y el Blás Florenciano, persona honradísima aunque calderero de oficio según su corresponsal en esta, marchóse hasta frente al núm. 48 de la citada calle en donde se quedó ajustando unos pavos pues era víspera de día de mercado y estando en esta operación acudió nuevamente el Cristobal Perez, lo desafió de nuevo y ayudado de un tío suyo llamado Enrique Perez entablóse la lucha de la que el Florenciano se defendió sin herramienta alguna, solamente con la cayada del campesino dueño de los pavos de referencia y recibiendo un golpe de palo por la espalda del Enrique decidió este al que pudiera herirle el Cristobal.

¿Qué hizo Cristobal Perez en el interregno desde la primera á la segunda agresión? Pues llegar á la Administración de Consumos con el carro que guiaba, interesar de alguna amigo le cediera herramienta para la comisión del delito y viendo que no podía conseguirlo, compró una faca en un puesto de hierro viejo allí inmediato y confiar á esta la solución del conflicto que hoy llora una familia honrada.

Por lo demás el Blás Florenciano ni llevaba herramienta de defensa alguna

